



# EL ESPEJO DE LA VIDA

Primer premio del concurso de Relatos del XVI Día del Píñano

Autor: Tomás Díez Vivas

## Comienzo

El padre se había empeñado en transmitir a su hija una idea que, con el paso del tiempo, se había instalado en él. La vida, hija, le decía, es como un Gran Espejo. Sólo refleja lo que nosotros les mostramos: si reímos, ríe, y si lloramos, llora.

Cuando le decía esto trataba de evitar que cometiera los mismos errores que él había cometido; ya que por formación primero, y por deformación profesional después, él siempre había creído que la Tercera Ley de Newton según la cual cada acción debería tener su reacción correspondiente de forma inmediata era también aplicable a las personas. Pensaba así hasta que, ya con bastantes años, decidió cambiar su trayectoria profesional. Recuerda que fue nombrado Director General de una empresa tecnológica y en su primer consejo de Administración el miembro de mayor edad le llevó a un rincón de la sala y le dijo:

—¿Conoces el chiste del Director General?

—No.

—Pues verás, se trata de que llegó un nuevo Director General a una empresa y decidió ver si su equipo directivo tenía las capacidades que él quería para abordar el nuevo rumbo que quería dar a la Empresa. Así que llamó a su despacho al Director Técnico.

Cuando lo tenía enfrente le preguntó:

—¿Cuántas son dos más dos?

El hombre respondió sin dudar:

—Cuatro, dos más dos siempre son cuatro.

—Muy bien, puede retirarse.

Mientras lo hacía, el D.G. pensaba que, efectivamente, ese hombre ocupaba el puesto adecuado

Después llamó al Director Comercial y le hizo la misma pregunta:

—¿Cuántas son dos más dos?

El D.C. pensó que allí había algo de truco y no contestó directamente.

—Todos sabemos cuántas son dos más dos— dijo.

—Sí, pero yo quiero que me lo diga usted

Ante la insistencia de la pregunta y desconfiando aún del porqué de la misma contestó:

0151Lo normal es que sean cuatro en nuestro Sistema Métrico Decimal, pero si la pregunta se hace en binario, octal, hexadecimal u otro

cualquier sistema de numeración la forma de expresar el resultado podría variar. Por eso —continuó—, y si tengo que decir algo concreto creo que lo correcto para evitar malos entendidos sería decir que la solución puede variar entre tres y cinco.

—Muy bien, puede retirarse.

Mientras el D.C. cerraba la puerta el D.G. pensó que éste también seguiría ocupando su puesto. Se había mostrado cauto y sabía que la rigidez en un planteamiento comercial no siempre es la mejor estrategia para conseguir un objetivo.

Por último llamó al Director Administrativo Financiero.

Cuando éste llegó al despacho y le hizo la misma pregunta, el DAF se levantó, cerró la puerta del despacho y bajando mucho la voz, le preguntó a su vez:

—¿Cuántas quiere Vd. que sean?

Evidentemente todos sabían la respuesta, pero cada uno de ellos la veía desde su propia óptica: el técnico no podía dudar, el comercial no debía dogmatizar y el financiero sabía que los números pueden disponerse de forma que muestren una cara lo más amable posible a lo que se espera de ellos. La realidad, aun siendo una, puede verse desde distintos ángulos y tan importante es la forma de expresarla como la propia realidad.

Esta simple anécdota le hizo cambiar su actitud ante la vida. La rigidez en los planteamientos solo conlleva rigidez en las respuestas y eso es lo que él trataba de evitar en su hija. Cuando le decía aquello de que la vida es un espejo se estaba refiriendo sin saberlo a lo que ya dijo San Mateo cuando avisaba a los suyos de que «con la misma medida que juzgues serás juzgado». Trataba de inculcar en su hija que la vida no es exclusivamente blanca o negra, que tiene matices y que no siempre llevar razón supone ganar y que, por el contrario, muchas veces es mejor perder una discusión que un amigo o un hijo.

Recordaba también el padre que en uno de los muchos cursos a los que había asistido a lo largo de su vida profesional, un instructor les enseñó algo tan evidente como que «para coger miel de una colmena lo mejor era no enfadar a las abejas», y eso era precisamente lo que él quería enseñar a su hija, que se consiguen más cosas por las buenas que por las malas.

A pesar de las recomendaciones del padre, la hija seguía haciendo su vida. No le había ido tan mal con su actual forma de ser: estaba muy bien considerada en el trabajo, ocupaba un alto cargo directivo en la empresa, tenía un marido y unos hijos que la adoraban y, en definitiva, no veía ni la necesidad ni las razones por las cuales tenía que cambiar su actitud ante la vida. Le iba bien, muy bien.

Y así fue hasta que un día decidió poner en práctica lo tantas veces dicho por su padre. Tenía una asistenta que iba a casa a ayudarla en las tareas domésticas y a la que jamás había dejado sola, pero ese día tenía que ir al médico a recoger unas pruebas y decidió poner en práctica el consejo de su padre.

Voy a confiar en ella, pensó. Al fin y al cabo lleva años viniendo y jamás ha faltado nada. Se fue y a su vuelta todo siguió como siempre. No había pasado nada. Y así fue aflojando la mano, y pasaron meses en los que ya no hacía falta su presencia. Su padre tenía razón: si le das confianza a alguien ese alguien te la devuelve.

Lo malo es que no fue así. Un día fue a buscar unos pendientes que le habían regalado sus padres y no estaban. Miró con temor el joyero que tenía sin cerrar encima de la cómoda y se encontró con que faltaban muchas más cosas: su medalla de la Primera Comuni3n, los primeros dientes de los ni3os con su cajita de oro, un anillo de su abuela, etc. Un desastre en toda regla.

Cuando fue a la Comisaria a denunciar el hecho iba hecha un basilisco. La agente, una se3ora de mediana edad con chaleco antibalas y gafas ligeramente apoyadas en la punta de la nariz, le hacía preguntas en el mismo tono displicente con que ella daba sus respuestas y, por aquello de la asociaci3n de ideas, record3 de pronto lo tantas veces dicho por su padre. Cambi3 su actitud y con un tono m3s amable le dijo:

—Perdone, agente, si me muestro algo seca pero es que se han llevado una parte muy importante de mi vida. Comprenda mi disgusto.

Inmediatamente esta cambi3 tambi3n su actitud:

—Lo comprendo perfectamente —dijo—, por aqu3 pasan dramas que, muchas veces, dan ganas de llorar.

Y así acab3 la denuncia entre sonrisas m3s o menos forzadas por una y otra parte.

Mientras se dirigi3 a recoger el coche pensaba que eso del Espejo de la Vida estaba muy bien y hab3a funcionado con la agente de polic3a, pero que si ella hubiera seguido desconfiando de la asistente seguir3 teniendo sus joyas y recuerdos ya irreparablemente perdidos.

Ten3a raz3n, hab3a perdido mucho en su apuesta, pero ese peque3o ejemplo de ver como ante una sonrisa lo normal es responder con otra le hizo recapacitar. Al fin y al cabo se preciaba de ser muy lista y de aprender pronto.

Se sab3a exigente, y sab3a que ten3a bajo su responsabilidad no solo a su familia, sino tambi3n a un grupo numeroso de profesionales que estaban bajo su mando y de los cuales deb3a responder ante sus jefes y clientes.

Seguramente no se daba cuenta de que lo hacía, pero ella tampoco actuaba igual antes sus hijos y familiares que ante los demás. Con unos actuaba según su natural forma de ser: responsable, inflexible, autoritaria, exigente..., mientras que con los otros trataba de ver las cosas desde un punto ligeramente diferente: trataba de ponerse en sus zapatos aunque siempre, y esto ellos lo alababan mucho, trataba de ser lo más profesional y sincera posible.

## Final

Hacía muchos años que había muerto su padre cuando decidió transmitir a sus hijos la teoría del Espejo de la Vida. Había pensado en ello muchas veces y había llegado a una conclusión: el Espejo Grande del que hablaba su padre no existía. Ese espejo estaba formado en realidad por la suma de los múltiples espejos que somos cada uno de nosotros. Se interesó por el proceso de fabricación de los espejos y vio que es difícil, muy difícil conseguir que un espejo sea perfecto. El pulimentado del vidrio, la homogenización y distribución del azogue, etc. eran procesos muy complicados en los que raramente se conseguía la perfección, y ese debería ser el motivo por el cual la respuesta a veces falla. No falla la imagen que se transmite, ésta siempre es real, sino el reflejo que de la misma hace el espejo que lo recibe.

Este razonamiento le hizo por fin comprender que la teoría general de su padre sobre el Espejo de la Vida era válida. La cuestión, y eso es lo que ella quería enseñar a sus hijos desde el principio, es saber detectar a tiempo los defectos del espejo hacia el cual proyectamos nuestra imagen.

Mientras pensaba en cómo podía transmitir esto a sus hijos, no pudo evitar una sonrisa al pensar en la paciencia infinita con la que, siendo niña, su padre le había enseñado a jugar al ajedrez.